

UNA TRAGEDIA EUROPEA
1618-1630

Peter H. Wilson

LA GUERRA
DE LOS TREINTA
AÑOS

Volumen I

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

UNA TRAGEDIA EUROPEA 1618-1630

Volumen I

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

UNA TRAGEDIA EUROPEA 1618-1630

Volumen I

Peter H. Wilson

TERCERA EDICIÓN





La Guerra de los Treinta Años, volumen I. Una tragedia europea 1618-1630.

Wilson, Peter H.

La Guerra de los Treinta Años, volumen I. Una tragedia europea 1618-1630 / Wilson, Peter H. [traducción de Leandro Martínez Peñas].

Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2020. – 608 p. ; 23,5 cm – (Historia Moderna) – 3.ª ed.

ISBN: 978-84-121687-9-2

94(460).04/05 341.37 341.24

94.4 “1618/1630” 355.013

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS. Volumen I

Una tragedia europea 1618-1630

Peter H. Wilson

Título original:

Europe's Tragedy. A New Story of the Thirty Years War

Original English language edition first published by Penguin Books Ltd, London

The author has asserted his moral rights. All rights reserved

La primera edición del original en lengua inglesa lo ha publicado Penguin Books Ltd, London

El autor conserva sus derechos morales. Todos los derechos reservados

© 2009 by Peter H. Wilson

ISBN: 978-0-141-00614-7

© de esta edición:

La Guerra de los Treinta Años, volumen I. Una tragedia europea 1618-1630

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-121687-9-2

Traducción: Leandro Martínez Peñas

Revisión técnica: Hugo A. Cañete

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón

Producción del ebook: booqlab.com

Primera edición: marzo 2018

Segunda edición: junio 2018

Tercera edición: marzo 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a

CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2020 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Para mi familia

Índice

Nota a esta edición
Árbol genealógico
Prefacio

PARTE 1. ORÍGENES

- 1 Introducción
- 2 Problemas en el corazón de la cristiandad
- 3 La casa de Austria
- 4 La guerra turca y sus consecuencias
- 5 *La Pax Hispanica*
- 6 *Dominium Maris Baltici*
- 7 De Rodolfo a Matías (1582-1612)
- 8 ¿Al borde del abismo?

PARTE 2. CONFLICTO

- 9 La Revuelta de Bohemia
- 10 Fernando triunfante, 1621-1624
- 11 Olivares y Richelieu
- 12 La guerra danesa contra el emperador 1625-1629
- 13 La amenaza de una guerra europea

Bibliografía

LEYENDA GENERAL DE LOS MAPAS

		Infantería imperial		Artillería		Colinas
		Caballería imperial		Fortines		Pantanos
		Ataques imperiales		Trincheras		Aguas abiertas
		Infantería protestante		Abatis o barricadas		Viviendas
		Caballería protestante		Bosques		Caminos
		Ataques protestantes				

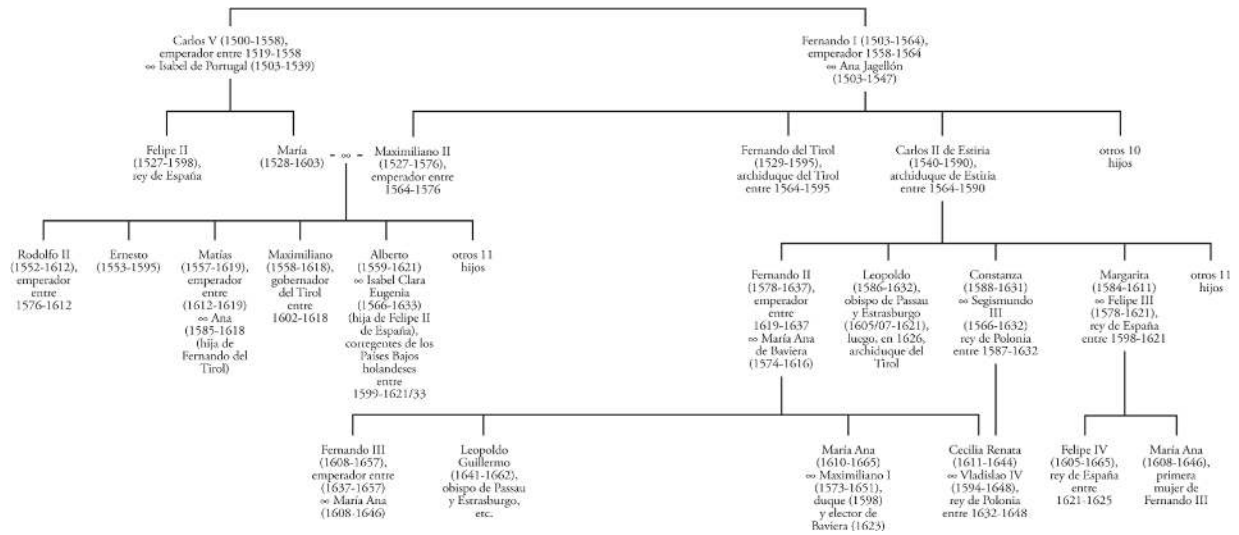
Nota a esta edición

Los topónimos aparecen en el texto en la forma usada con más frecuencia en los textos ingleses, salvo cuando tienen una denominación propia en castellano. Para los topónimos correspondientes a Europa central, se emplea la versión alemana, con la misma excepción. El topónimo actual aparece entre paréntesis la primera vez que se menciona, junto al topónimo que aparecerá a lo largo de la obra.

Los individuos se identifican en el texto a través de su nombre y el título por el cual son más reconocidos, como es el caso del general del emperador Fernando II, conocido como Wallenstein desde la trilogía dramática de Schiller, escrita a finales del siglo XVIII. Esta versión se ha asentado en la escritura en inglés y se usará aquí en lugar del original checo, Waldstein. En documentos contemporáneos, suele aparecer como «el Friedlander», después de que recibiera el ducado de Friedland. Por otro lado, aunque anacrónico, el topónimo «Gran Bretaña» se usará para aludir a las tierras de la monarquía de los Estuardo, con preferencia sobre la aún más engañosa «Inglaterra», salvo cuando se haga referencia a los reinos o principados de forma individual.

Por último, todas las fechas se dan en el Nuevo Estilo, de acuerdo con el calendario gregoriano que se introdujo en torno a 1582 en las zonas católicas de Europa y el Sacro Imperio Romano. Estas fechas corresponden a diez días antes que su fecha equivalente del calendario juliano, que la mayoría de los protestantes alemanes mantuvieron hasta 1700.

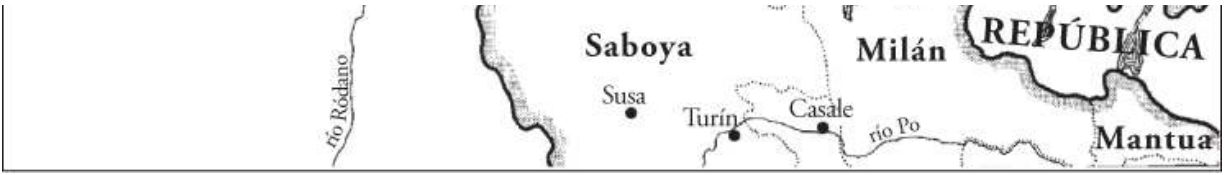
Árbol genealógico de los Habsburgo 1500-1665



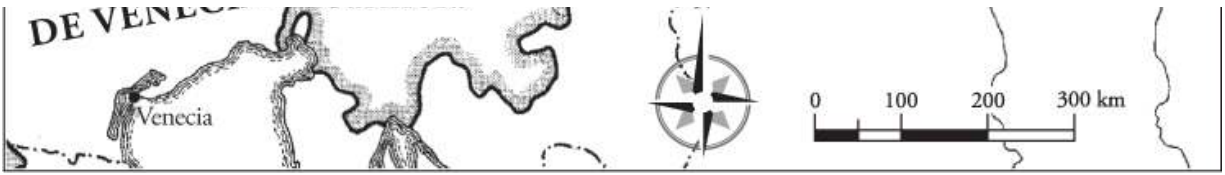
EUROPA CENTRAL, 1618

- Límites del Sacro Imperio Romano
- - - Límites entre Imperios, reinos, etc. fuera del Sacro Imperio Romano
- Límites aproximados de algunos territorios del Sacro Imperio









EQUIVALENCIA DE MONEDAS

MONEDA	EQUIVALENCIA
Escudo (España)	1,1 ducados (españoles, de 1620) o 2,5 florines (neerlandeses)
Ducado (España)	2,35 florines (neerlandeses) o 1,4 florines (alemanes)
Ducado (Nápoles)	0,7 ducados (españoles)
Florín (Alemania)	1,7 florines (neerlandeses)
Libra (francesa)	Al principio, 0,7 florines (alemanes); 0,5 florines después de 1640
Libra esterlina	4,2-4,8 táleros
Riksdáler (Dinamarca/Suecia)	1-1,5 florines (alemanes)
Tálero (Imperio)	1,5 florines (alemanes), o 2,5 florines (neerlandeses)

Resulta difícil ofrecer equivalencias contemporáneas a las monedas del siglo XVII. Como guía de su valor, se tiene en cuenta que una persona con una cantidad entre 7,5 y 10 florines tendría grano suficiente para cubrir sus necesidades alimenticias durante un año en 1618.

Prefacio

La historia de la Guerra de los Treinta Años abunda en estudios especializados, pero escasean las obras que la traten en su conjunto. Pocos autores han aportado algo más que breves resúmenes dirigidos a estudiantes. Es fácil descubrir el porqué. Abarcar todos los aspectos de este conflicto precisaría conocer, al menos, catorce lenguas, además de que existe bastante documentación de archivo como para investigar durante varias vidas. De hecho, hay millones de páginas publicadas sobre el tema y, por ejemplo, solo sobre la Paz de Westfalia, que puso fin al enfrentamiento, existen cerca de cuatro mil títulos. Esta gran cantidad de material ha influido en cómo se han escrito hasta ahora las historias acerca de la contienda. Algunos autores prescindieron de los detalles para situar la guerra en un contexto más amplio, en la transición de Europa a la Modernidad, y otros se centraron en los personajes y los hechos, pero, a menudo, el autor comienza a mostrar signos de agotamiento a medida que se aproxima a mediados de la década de 1630, cuando gran parte de los héroes y villanos que protagonizaron las primeras fases del conflicto ya habían muerto y se les había reemplazado por figuras desconocidas para la posteridad. Además, la urgencia por terminar el relato implica que los últimos trece años se compriman en un cuarto, o menos, del texto, que se dedica, sobre todo, a analizar la paz y sus consecuencias.

La presente obra busca corregir estas deficiencias y cubrir el periodo de una manera más uniforme. Algunas de las características distintivas de este enfoque se exponen en el capítulo introductorio. Lo más importante es considerar la

guerra en la realidad en la que tuvo lugar, es decir, en un momento de lucha por el orden político y religioso de Europa central, en vez de diluirla en el contexto general de los conflictos europeos que se suceden a lo largo de la primera mitad del siglo XVII. Aunque esto simplifica algunos aspectos, también dirige nuestra atención hacia los orígenes de la guerra, cuando el Sacro Imperio Romano se hallaba en una situación bastante compleja, durante los últimos años del siglo XVI. La misión de la primera parte del libro es explicarla dentro de un contexto europeo más extenso, mientras que la segunda sigue de cerca, y en orden cronológico, la tragedia que se desarrolló, prestando especial atención a las razones por las que los esfuerzos para lograr la paz fracasaron hasta mediados de la década de 1640. La parte final examina el impacto político, económico, social y cultural de la guerra, así como sus implicaciones a largo plazo. En todas ellas, las explicaciones estructurales se combinan y hacen especial hincapié en los agentes y las circunstancias, además de otorgar a los participantes secundarios un espacio más amplio del acostumbrado, equiparable al de los más prominentes. Para seleccionar las obras de referencia se ha descartado gran parte del material antiguo en favor de obras recientes, ya que son más accesibles para la mayoría de los lectores y proporcionan una guía útil sobre la literatura especializada.

Me complace además agradecer al Arts and Humanities Research Council el apoyo recibido, al concederme un año sabático de investigación, en 2007-2008, que me permitió acabar este libro. También he tenido el placer de disfrutar del ambiente de apoyo a la investigación durante mi estancia en la Universidad de Sunderland, así como de la cálida bienvenida del Departamento de Historia de la Universidad de Hull, donde escribí el final de mi obra. Leopold Auer y el personal de la Haus-, Hof-, und Staatsarchiv de Viena me proporcionaron una inestimable ayuda durante mi visita, demasiado breve, en 2006. Agradezco a Scott Dixon, Robert Evans, Ralph Morrison y Neil Rennoldson su ayuda en la localización de obras poco conocidas y, sobre todo, a Kacper Rekawek por ayudarme con el material en polaco. Clarissa Campbell Orr, Tryntje Helfferich, Michael Kaiser, Maureen Meikle, Ge'za Pa'lfy y Ciro Paoletti compartieron con generosidad sus conocimientos sobre numerosos detalles. Además, estoy en deuda, en especial, con Trevor Johnson

por facilitarme la última versión de su libro sobre la política bávara antes de que este se publicara. Por desgracia, su repentina muerte, en 2007, supone que no podré corresponderle.

El estímulo de Simon Winder sostuvo mi fe en que podía terminar el libro, al tiempo que sus consejos editoriales mejoraron mucho su claridad. La cuidadosa revisión de Charlotte Ridings eliminó las inconsistencias y errores y Cecilia Mackay hizo realidad mi lista soñada de ilustraciones.

Eliane, Alec, Tom y Nina soportaron con paciencia mi inmersión en el pasado y, como siempre, me dieron toda su ayuda e inspiración. Este libro está dedicado a ellos, con cariño.

PARTE 1

Orígenes

CAPÍTULO 1

Introducción

TRES HOMBRES Y UNA VENTANA

Poco después de las nueve de la mañana del miércoles 23 de mayo de 1618, Vilém Slavata se encontró colgando de una ventana del castillo de Hradschin (en la actualidad, Hradčany), en Praga. Esta no era una situación en la que el aristócrata, de cuarenta y seis años, se hubiera encontrado antes. Como presidente del Tesoro de Bohemia y juez de la Corte Suprema, era una figura importante en el Gobierno real, con una distinguida carrera al servicio de la dinastía Habsburgo. Gracias a su matrimonio con la heredera Lucia Ottilia Neuhaus-Rosenberg, era, además, uno de los hombres más ricos del reino.

Momentos antes, su también distinguido colega Jaroslav Borita von Martinitz había sido arrojado por la ventana por cinco hombres armados. Las súplicas de Martinitz para que le facilitaran un confesor habían encolerizado a sus asaltantes, que le arrojaron de cabeza por la misma ventana de la que colgaba Slavata, el cual se balanceaba, inestable, sobre un foso, del que le separaba una caída de diecisiete metros. Las airadas voces en la habitación indicaban que no podía esperar ayuda. En ese momento, Slavata sintió el filo cortante del metal de una espada que alguien blandía contra sus dedos. El dolor se hizo descomunal; perdió su asidero y cayó con pesadez, golpeándose la parte posterior de la cabeza contra el alféizar de una de las ventanas inferiores.

Cuando Slavata desapareció en el vacío, sus atacantes repararon en su secretario, Philipp Fabricius, que se abrazaba a uno de los miembros menos amenazantes de la banda. Tras ignorar sus ruegos, lo arrojaron por la ventana para que compartiera el mismo destino que su señor.

Ocurrió, sin embargo, algo imprevisto. Mientras que Slavata se había precipitado en el fondo del foso, Martinitz había caído algo más arriba, así que se deslizó hacia abajo para ayudar a su amigo, aunque en el proceso se hirió con su propia espada, que los agresores habían olvidado arrebatarse.

Desde las ventanas sonaron disparos, pero Martinitz logró ayudar al aturdido Slavata a ponerse en pie y escaparon juntos hacia el cercano Palacio Lobkowitz, residencia del canciller de Bohemia, el cual no había estado presente en la reunión, que habían interrumpido de una forma tan abrupta. Enviaron a dos hombres para acabar con ellos, pero la esposa de Von Lobkowitz, Polyxena, cerró con llave la puerta y logró persuadir a los agresores de que se marcharan. Martinitz cruzó la frontera con Baviera al día siguiente, pero las heridas de Slavata le impidieron partir, así que se vio obligado a ocultarse. Al mismo tiempo, Fabricius, que, de una manera más que sorprendente, había aterrizado sano y salvo, corrió a Viena, corazón de la monarquía de los Habsburgo y centro político del Sacro Imperio Romano, para alertar al emperador.¹

Este suceso ha pasado a la historia como la Defenestración de Praga, la cual desencadenó la rebelión de Bohemia, aceptada, por lo general, como el inicio de la Guerra de los Treinta Años, que se cobraría ocho millones de vidas y transformaría el mapa político y religioso de Europa. La guerra ocupa un lugar en la historia alemana y checa similar al que las guerras civiles ocupan en Gran Bretaña, España y los Estados Unidos, o las revoluciones en Francia y Rusia: un momento determinante, de trauma nacional que dio forma al modo en el que los países se definían y se situaban en el mundo. La dificultad de las generaciones venideras para comprender la magnitud de la devastación se ha comparado con el problema de la percepción histórica del Holocausto.² Para la mayoría de los alemanes, la guerra se convirtió en un símbolo de humillación nacional que retrasó el desarrollo político, económico y social y condenó a su país a dos siglos de división interna e impotencia internacional.

INTERPRETACIONES

Esta interpretación se originó tras una derrota muy posterior que revivió el interés en la Guerra de los Treinta Años y transformó la forma en que esta se entendía. Para quienes la vivieron, y también para sus hijos, la guerra conservó la inmediatez de los acontecimientos contemporáneos. Desde el principio, el conflicto despertó gran interés en toda Europa y aceleró la revolución mediática del siglo XVII, que vio el nacimiento del periódico moderno (*Vid.* Capítulo 10 del Volumen II). El acuerdo final de la Paz de Westfalia fue un *best-seller* internacional del que se reimprimieron, al menos, treinta ediciones en un año. El interés se disipó de forma gradual, hacia finales del siglo XVII, cuando Europa central se sumió en otros treinta años de guerra, en especial, contra Francia y los turcos otomanos. No obstante, el reciente conflicto pervivió en la memoria, por ejemplo, mediante las conmemoraciones anuales de la Paz de Westfalia, así como a través de algunas publicaciones orientadas a un lector no especializado. Al igual que los actos conmemorativos, estos trabajos mostraban una interpretación muy positiva de las consecuencias de la guerra, que preservaron las libertades de los protestantes alemanes y fortalecieron la constitución imperial.³

Sin embargo, esta visión se ensombreció de forma radical tras la Revolución francesa y el desmembramiento del Sacro Imperio que llevó a cabo Napoleón. El contraataque austroprusiano contra la Francia revolucionaria, en 1792, arrastró a los alemanes a otro ciclo de invasión, derrota, agitación política y devastación. Esas experiencias coincidieron con las nuevas corrientes intelectuales y culturales asociadas al Romanticismo y al movimiento literario Sturm und Drang. Los espeluznantes relatos sobre asesinatos masivos, violaciones y torturas en la Guerra de los Treinta Años tenían un eco actual, y las dramáticas vidas de individuos como el general imperial Wallenstein o el rey de Suecia, Gustavo Adolfo II, adquirieron un nuevo significado al compararlos con Napoleón y otras figuras contemporáneas. Friedrich Schiller, el principal escritor de este movimiento, del Sturm und Drang, encontró una audiencia entusiasta cuando publicó su historia de la guerra, en 1791, seguida por su

trilogía *Wallenstein*, entre 1797 y 1799, que, para los germanos, equivaldría a las obras históricas de Shakespeare.

La reinterpretación romántica de la guerra introdujo tres elementos que todavía están presentes hoy. El primero es la preocupación gótica por la muerte, la decadencia y la destrucción, que suele mostrar a Alemania como víctima indefensa ante una agresión extranjera. Las historias de atrocidades se insertaron en las leyendas y en la narrativa contemporánea, como en *Las aventuras de Simplicius Simplicissimus*, de Grimmelshausen, redescubierta por los poetas románticos y considerada la primera novela moderna en alemán y rescatada en numerosas ediciones impresas a comienzos del siglo XIX.⁴

La reaparición de esos relatos en novelas históricas y pinturas, así como en las lecciones de Historia de las escuelas, reforzó la memoria folclórica y las tradiciones familiares no solo en Alemania sino también en otros países afectados por el conflicto. La Guerra de los Treinta Años se convirtió en la referencia con la que comparar todas las guerras posteriores. Los habitantes del este de Francia interpretaron todas las invasiones posteriores en relación a las narraciones sobre los suecos y croatas que devastaron la región en la década de 1630. Los soldados que lucharon en las trincheras a lo largo de la frontera oriental francesa en la Primera Guerra Mundial contaban que los horrores que estaban viviendo no se habían visto desde hacía tres siglos. En una emisión de radio del 4 de mayo de 1945, el arquitecto de Hitler y ministro de Armamento, Albert Speer, anunció que «la destrucción que se le ha causado a Alemania solo se puede comparar con la sufrida en la Guerra de los Treinta Años. No se puede permitir que la aniquilación de nuestro pueblo, debido al hambre y las privaciones, alcance las proporciones de aquella época». Por esa razón, añadía Speer, el sucesor de Hitler, el almirante Dönitz, estaba decidido a continuar luchando. Las encuestas realizadas a los supervivientes en la década de 1960 demostraron que los alemanes consideraban que la Guerra de los Treinta Años era el mayor desastre de la historia de su país, por delante de ambas guerras mundiales, el Holocausto y la peste negra.⁵

El impacto de la televisión, sin duda, debilitó esta percepción a finales del siglo XX, sobre todo con la difusión de fotografías de las matanzas más recientes. En cualquier caso, incluso en el siglo XXI, los autores alemanes

afirman que «nunca antes y tampoco después, ni siquiera durante los horrores de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, la tierra fue tan devastada y la gente tan torturada como entre 1618 y 1648».⁶

El segundo elemento introducido por la historiografía del siglo XIX fue el halo de tragedia inevitable. Esto se aprecia en el *Wallenstein* de Schiller, que presenta a su protagonista como un héroe idealista que busca la paz pero está condenado a que lo asesinen sus subordinados más próximos. El sentimiento de imparable descenso hacia el caos fue general en los escritos posteriores a las Guerras Napoleónicas. La temprana y positiva recepción de la Paz de Westfalia parecía inapropiada, dada la disolución del Imperio en 1806. Lejos de fortalecer la constitución imperial, se demostró entonces que, con la guerra, había comenzado su desmoronamiento. Los últimos estudios refuerzan esta impresión, pues desplazan la atención desde los personajes y fracasos constitucionales a la transición, a largo plazo, de la economía europea del feudalismo al capitalismo, lo cual desencadenó la «crisis general del siglo XVII».⁷ Otros consideran que la crisis es de naturaleza política, ambiental, o una combinación de dos o más factores. Todas las versiones, en cualquier caso, señalan que hubo cambios estructurales subyacentes que agudizaron las tensiones, hasta que estas desembocaron en violentas revueltas y conflictos internacionales que recorrieron Europa después de 1600.⁸

El desacuerdo sobre la interpretación del impacto de los acontecimientos en el Imperio introdujo el tercer elemento, el cual es probable que fuera el más influyente en la historiografía alemana del siglo XIX. La historia de la Guerra de los Treinta Años se vio envuelta en un debate en torno al desarrollo alemán después de 1815, cuando surgieron dos narrativas enfrentadas, cada una asociada a una visión de futuro para el mundo germánico: la Gran Alemania y la Pequeña Alemania. La primera imaginaba una confederación flexible que incluía tanto la Austria de los Habsburgo como la Prusia de los Hohenzollern y la «tercera Alemania», la de los pequeños Estados, como Baviera, Nassau y Wurtemberg. En cambio, la idea de la Pequeña Alemania excluía a Austria, sobre todo por la complicación que suponía que los Habsburgo incorporaran a sus otros súbditos de Italia y los Balcanes. Esta visión se impuso con la victoria de Prusia sobre Austria, en 1866, y, más tarde, se consolidó con la derrota de

Francia en 1870-1871, tras la cual se estableció el II Reich. Ambas concepciones del futuro de Alemania incorporaban claras asociaciones religiosas que se trasladaron a la disputa sobre el pasado del país. La suposición de que la Guerra de los Treinta Años había sido un conflicto religioso parecía tan evidente que no se cuestionó.

Es muy significativo que el conflicto sobre el modelo de estado alemán coincidiera con el nacimiento de la escuela histórica moderna. Entre sus muchas publicaciones, Leopold von Ranke, el fundador de la escuela empírica alemana, escogió a Wallenstein como tema de su única biografía completa. Von Ranke y sus contemporáneos realizaron un esfuerzo ímprobo para estudiar el material de archivo conservado, y muchos de sus escritos aún tienen un gran valor, ya que influyeron en gran medida en cómo los historiadores de otras naciones interpretaban la guerra, si bien cada país adecuaba el conflicto a su propia narrativa. Los historiadores franceses, por lo general, lo contemplaban a través de la mirada de Richelieu y Mazarino, cuyas reputadas políticas sentaron las bases de la era de la «hegemonía francesa» sobre el continente, desde mediados del siglo XVII hasta Napoleón. Los autores españoles, en cambio, asimilaban el tema a la decadencia de la nación, ya que su país parecía haber llegado a su límite después de 1618. Los suizos, holandeses y portugueses asociaban el conflicto con su independencia nacional, en los tres casos respecto de los Habsburgo, mientras que daneses y suecos lo situaban en el contexto de su mutua rivalidad en el Báltico. Las interpretaciones británicas eran próximas al punto de vista alemán, en parte porque la casa Estuardo estaba relacionada con la trascendental decisión del elector del Palatinado de apoyar a los rebeldes bohemios tras la Defenestración. Muchos contemporáneos entendieron las alianzas dinásticas en términos religiosos, como la «Causa Protestante», lo cual tuvo su reflejo en los escritores confesionales del siglo XIX alemán, cuyos trabajos fueron la fuente principal del trabajo de los historiadores británicos.⁹

La idea de una guerra de religión se ajustaba al marco narrativo de muchos escritos históricos del siglo XIX y de comienzos del XX, que contemplaban los acontecimientos que siguieron a la Reforma como una liberación del yugo católico. Sin embargo, la misma trayectoria también podría presentarse sin ese sesgo confesional como una progresiva secularización y modernización. En una

narración reciente, la guerra se transforma en la crisis del desarrollo y la modernización de la civilización europea, un «infierno» que dio como resultado el mundo moderno.¹⁰

La historiografía y la ciencia política afirman que los acuerdos de Westfalia iniciaron el sistema por el cual los estados soberanos se convirtieron en el eje de la estructura internacional mundial. Los historiadores militares, por lo general, otorgan a figuras clave, como Gustavo Adolfo, el papel de padre de la guerra moderna. En el ámbito político, se cree que la guerra fomentó una era en la que las monarquías absolutas dominaron la mayor parte del continente hasta la Revolución francesa. Los europeos llevaron sus disputas al Caribe, Brasil, África occidental, Mozambique, Sri Lanka, Indonesia y los océanos Atlántico y Pacífico. La plata con la que se pagó a los soldados de la Europa católica la extrajeron, en espantosas condiciones, los mexicanos, peruanos y bolivianos; a muchos miles de ellos se les podría considerar víctimas de la guerra. Los esclavos africanos que trabajaron en Brasil para los plantadores de azúcar holandeses ayudaron a financiar el conflicto de su república con España, de la misma manera que el dinero obtenido del comercio de grano en el Báltico y de las pesquerías del mar del Norte.

El interés en esta dimensión más amplia ha dominado la bibliografía en inglés sobre la guerra, que presenta los acontecimientos en el Imperio como parte del conflicto, más amplio, de Francia, Suecia, Inglaterra, Holanda y los protestantes alemanes contra la hegemonía de España y los Habsburgo. La guerra en el Imperio estaría vinculada a este conflicto, o se convirtió en parte del mismo cuando Suecia y Francia intervinieron en Alemania en la década de 1630. Aunque uno de los más destacados exponentes de esta corriente descarta la vieja explicación alemana como «corta de miras», esta escuela internacional sobre la guerra sigue muy influenciada por la historiografía del siglo XIX, al presentar el estallido del conflicto como inevitable y su desarrollo como caracterizado por la escalada de violencia y la animosidad religiosa.¹¹

EL CONFLICTO

La Guerra de los Treinta Años constituye un episodio de extrema complejidad. Los problemas para interpretarla derivan de sus intentos por simplificarla, que insisten demasiado en algunas de sus facetas, en detrimento de las demás. Esta obra busca reconectar los diferentes elementos a través de su relación común con la constitución imperial. La guerra en el Imperio se relacionó con otros conflictos pero, pese a ello, siguió teniendo entidad propia. Incluso los observadores externos afirmaban que la lucha que había comenzado con la Revuelta de Bohemia, se prolongó hasta la Paz de Westfalia. Comenzaron hablando de una guerra que duraría cinco o seis años al inicio de la década de 1620 y siguieron haciendo cálculos hasta su conclusión en 1648.¹²

En cualquier caso, toda Europa se vio afectada por la guerra, y el curso de la historia del continente habría sido muy diferente si esta se hubiera evitado o si hubiera terminado de otra forma. De las grandes potencias, solo se desvinculó Rusia. Polonia y el Imperio otomano ejercieron una influencia significativa, sin involucrarse de forma directa. Los holandeses trataron de mantener su enfrentamiento con España al margen, al tiempo que intentaban influir en los acontecimientos del Imperio con una intervención limitada e indirecta. El compromiso británico fue más sustancial, sin que llegara a ser beligerante en ningún momento. Francia y España intervinieron, pero mantuvieron su participación separada de su propia confrontación, de origen muy diferente y que continuó otros once años después de 1648. Dinamarca y Suecia fueron países beligerantes en toda regla, si bien su intervención tuvo poco que ver con los orígenes de la guerra. De igual forma, otros estados vecinos, como Saboya y Lorena, se vieron arrastradas al conflicto, sin perder de vista sus propias agendas y disputas regionales.

La segunda distinción importante de este conflicto es que no se trataba, en esencia, de una guerra de religión.¹³ Es cierto que el credo religioso dotó a la guerra de un poderoso elemento identitario, pero también que tenía que competir con las diferencias políticas, sociales, lingüísticas, de género, etc. La mayor parte de los observadores contemporáneos hablaban de tropas imperiales, bávaras, suecas o bohemias, no de las católicas o las protestantes, etiquetas anacrónicas usadas por conveniencia desde el siglo XIX para simplificar los acontecimientos. La guerra solo se puede considerar religiosa en

el sentido de que la fe guiaba todas las políticas públicas y los comportamientos privados en el periodo moderno. Para comprender la verdadera relación del conflicto con las disputas en el seno de la cristiandad necesitamos distinguir entre creyentes radicales y moderados. Todos eran religiosos, pero que fueran moderados no tenía por qué significar que fueran más racionales, más razonables o más laicistas. La diferencia no se hallaba en su celo religioso, sino en la manera en la que relacionaban fe y acción. Todos ellos estaban convencidos de que la corriente cristiana que seguían ofrecía el único camino verdadero a la salvación y la única guía correcta para la justicia, la política y la vida diaria. Los moderados, en todo caso, eran más pragmáticos, y defendían como objetivo general, aunque distante, el deseo de reunir a toda la cristiandad en una única Iglesia. Los radicales, por su parte, veían esta meta a su alcance y no solo estaban dispuestos a usar la fuerza en vez de la persuasión, sino que, además, se sentían impelidos por Dios a hacerlo de este modo. Interpretaban la Biblia en términos providenciales y apocalípticos, y relacionaban las circunstancias de su presente con el texto sagrado. Para ellos, este conflicto era una guerra santa, un enfrentamiento cósmico entre el bien y el mal en el que el fin justificaba casi todos los medios.

Como veremos, los radicales siguieron siendo minoría, y, en esencia, experimentaron la guerra sobre todo como observadores o como víctimas de las derrotas y los desplazamientos. No obstante, entonces como ahora, el radicalismo es peligroso, en particular cuando se combina con el poder político, pues crea un ilusorio sentimiento de que quien gobierna ha sido elegido por Dios para alcanzar un propósito y una recompensa divinos. Además, alienta la convicción de que solo sus normas son absolutas, de que su forma de gobierno es superior a cualquier otra y de que su fe es la única religión verdadera. Así como el fundamentalismo demoniza al «otro» y lo presenta como un ser malvado en el equivalente psicológico de una declaración de guerra, y elimina, de esta forma, cualquier posibilidad de diálogo o compromiso. Los radicales no se sienten obligados a tratar a sus oponentes como seres humanos. Los problemas que ellos han contribuido a crear pasan a ser entera responsabilidad del enemigo. Pero tal autoconfianza es, dada su propia naturaleza, tan peligrosa para ellos como para sus enemigos. La creencia

en la asistencia divina anima a los fundamentalistas a asumir riesgos, convencidos de que las dificultades son parte del plan de Dios para probar su fe. Les ampara la certeza de que la victoria final les pertenece por derecho. Esto puede fortalecer su resolución y motivarles a oponer una resistencia obstinada, sin embargo, resulta inadecuado para lograr el triunfo militar. Los fundamentalistas, además, no conocen en realidad a sus oponentes, ya que no se esfuerzan por comprenderlos. Estas creencias, sin duda, provocaron que se tomaran decisiones cruciales, entre ellas, la Defenestración y la resolución del elector palatino de unirse a la revuelta. La influencia de los radicales fue, en ocasiones, desproporcionada si tenemos en cuenta su número, pero eso no significa que haya que interpretar el conflicto a través de sus ojos.

La tercera distinción clave en el conflicto que nos ocupa es que la guerra no era inevitable. La relación entre el enfrentamiento europeo del siglo XVII y las profundas dificultades ambientales y económicas, en el mejor de los casos, es circunstancial. La oleada general de violencia no sacudió todo el continente; pese a que tenían problemas similares a los de las zonas beligerantes, muchas partes del Imperio permanecieron en paz, después de 1618, hasta la escalada del conflicto, en 1631-1632. Tampoco era inevitable que una conflagración siguiera a la Paz de Augsburgo de 1555, o que esta recondujera las tensiones acumuladas por la Reforma. Hubo entonces algunos incidentes violentos en el Imperio (*Vid.* Capítulo 7), pero no constituyó un conflicto generalizado hasta 1618. Este es el periodo de paz más largo en la historia moderna de Alemania, no superado hasta 2008, transcurridos sesenta y tres años del fin de la Segunda Guerra Mundial. La importancia de la Paz de Augsburgo se manifiesta cuando la relativa tranquilidad del Imperio se compara con las brutales guerras civiles en Francia y Holanda después de 1560.

Dado el éxito del acuerdo de 1555, el posterior estallido de una guerra general después de 1618 requiere algunas explicaciones. Ese es el propósito de los primeros ocho capítulos del Volumen I, que muestran la situación global en Europa e introducen las cuestiones clave y a muchos de los personajes principales. Los capítulos del 9 al 13, del Volumen 1, y del 1 al 7, del Volumen II, siguen los acontecimientos en orden cronológico, además de prestar especial atención al periodo después de 1635, que, sin duda, no se ha discutido lo